



Facultad de Medicina  
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo



# X Concurso Artístico y Literario

Centro de Humanidades

SUPLEMENTO REVISTA ACADEMIA

Verano  
2021



# Presentación

La exhibición y premiación del X Concurso Artístico y Literario UDD se realizó el 21 de octubre del 2020 en modo virtual, como parte de las actividades del Festival de Humanidades Médicas, organizado por el Centro de Humanidades Médicas.

El concurso fue organizado con la participación del Instituto de Humanidades de la Facultad de Gobierno y con apoyo de las Facultades de Diseño, Arquitectura y Periodismo en la difusión y convocatoria. Contó por primera vez con el Patrocinio del Ministerio de las Culturas, Las Artes y el Patrimonio, quien otorgó este reconocimiento por dos años consecutivos.

Hacíamos esta premiación presencial y era un momento de encuentro y calidez en torno a las artes y humanidades. Como nos confesó la estudiante de psicología, Tatiana Numerosky, una de las ganadoras de años anteriores: "Fui premiada en dos ediciones anteriores y honestamente es un premio al alma... El concurso nos permite a nosotros como alumnos tener la posibilidad de alzar la voz y expresarnos en un ámbito diferente". Y como relató también Pedro Lavín, estudiante de medicina: "Es mucho más que una invitación a un evento entretenido...a mí me parece que enriquece muchísimo nuestro paso por la universidad".

Este año recibimos trabajos de estudiantes, docentes y colaboradores de las Facultades de Comunicaciones, Psicología, Economía y Negocio, e Ingeniería, además de Medicina.

El pie forzado fue la pregunta: ¿Cómo interpretamos el Chile de hoy? y recibimos diversas miradas que enriquecieron problemáticas sobre inmigración, pueblos originarios, pandemia, salud mental, vida, muerte, amor, justicia social, entre otros.

Nos sorprendió que nos llegaron muchísimos trabajos literarios. El jurado se reservó el derecho de declarar desiertas las categorías de pintura o dibujo (se recibió solo 1 obra) e instalación o escultura (no se recibieron trabajos).

A pesar de la virtualidad, se logró generar un tono de calidez, entre otras cosas, por la presencia de los concursantes y la participación de los ganadores, quienes pudieron dar lectura a sus trabajos en vivo o expresarse a través de un video que recorrió los 10 años de trayectoria del concurso.

La pandemia COVID-19 nos dejó de manifiesto la urgencia de continuar fomentando estos espacios que nos hacen conectarnos con nuestro interior, expresar nuestros dones y compartirlos.

## Jurado del Concurso

### CATEGORÍA PINTURA O DIBUJO Y FOTOGRAFÍA:

**Fernando Gómez**, fotógrafo y ex docente de la carrera de Periodismo UDD.

**Arturo Duclós**, artista visual

**Oscar Mackenney**, vicedecano de la Facultad de Arquitectura y Arte.

### CATEGORÍA CUENTO O POESÍA:

**Cristián Barros**, Abogado y Escritor. Docente UDD.

**Guido Larson**, Director del Instituto de Humanidades UDD.

**Susana Dörr**, Directora del Centro de Humanidades Médicas.



## CATEGORÍA CUENTO

### 1er lugar

"Enseña tus heridas"  
Juan José Osorio V., Facultad de Medicina.

### 2do lugar

"El Zoom de las 11:30"  
María Cristina Silva M., Facultad de Comunicaciones.

### 3er lugar

"Sombras y nada más"  
Rodrigo Pincheira A., UDD Sede Concepción.

## CATEGORÍA POESÍA

### 1er lugar

"Sección pediatría"  
María Cristina Silva M., Facultad de Comunicaciones.

### 2do lugar

"Carta Silente"  
César Ítalo Palmén von Marttens C., Facultad de Medicina.

### 3er lugar

"Transmutación"  
Inga Christin Holmgren, La Cofradía de los Lectores.

## CATEGORÍA FOTOGRAFÍA

### 1er lugar

"Libertad y expresión en Chile"  
Bárbara S. Orellana R., Dirección de Asuntos Públicos y Comunicaciones.

### 2do lugar

"No signal"  
Loreto Daniela Villaman C., Facultad de Medicina.

### 3er lugar

"Chile: ¿inclusión digital?"  
Astrid Valenzuela, Facultad de Medicina.

# Cuento & Poesía

## FOMENTAR EL DESARROLLO DE LAS HUMANIDADES Y HACERLA PARTE INTEGRAL DE LA COMUNIDAD.

El Instituto de Humanidades ha participado de los últimos concursos Artístico-Literarios en el marco de la gestión y de la evaluación del trabajo. Nos hemos dado cuenta de que hay multiplicidad de miembros de nuestra comunidad que están ávidos de volcar su creatividad poética, literaria y artística en la creación de algo nuevo. Ocasionalmente, ese ímpetu no cuenta con instancias receptoras; pero en este caso, el Instituto de Humanidades siente una responsabilidad por fomentar el desarrollo de la disciplina y de hacerla parte integral de la comunidad.

Nos sentimos contentos por los ganadores y sobre todo por la calidad de sus trabajos, lo que refleja que hay una enorme cantidad de talento en la Universidad que tenemos que explorar, potenciarlo y visibilizarlo. Este concurso intenta cumplir con dichos requisitos, y como unidad nos pone orgullosos ver los resultados que tenemos acá en frente.

Quisiéramos agradecer al Centro de Humanidades Médicas por la invitación a hacernos partícipes de este concurso. Y también quisiéramos felicitar a los ganadores, que representan un ejemplo de genialidad humanística en un período particularmente complejo y difícil que estamos viviendo como país.

*Guido Larson*

Director Instituto de Humanidades UDD  
Facultad de Gobierno



# Cuento

## PRIMER LUGAR

### “Enseña tus heridas”

**JUAN JOSÉ OSORIO V.**  
Facultad de Medicina.

*“Todo está permitido, menos dejar de luchar”  
Marcelo Bielsa C.*

¿Dónde estoy? Pienso, mientras acerco las manos a mis ojos, para comprobar si están abiertos, y si lo están, pasa que lo único que veo es oscuridad absoluta. Agito enérgicamente las manos frente a mi cara, nada, ningún estímulo luminoso entra por mis ojos. De inmediato, toco mis muslos con ambas manos en búsqueda de mi celular, una linterna sería oportuna, solo siento los bolsillos vacíos y un frío condicionado en el pecho, como un micro-infarto. Al ponerme de pie, la estructura parece moverse, buscando su equilibrio ¿Estoy sobre el agua? Rápidamente, saco un brazo por fuera de la estructura y siento agua tibia, acerco a mi lengua una muestra de esta y compruebo que es salada. No tengo frío ni calor, estoy con una polera de manga corta, un buzo y zapatillas ¿El color? Ni idea. Me vuelvo a sentar para mantener la calma y meditar, no siento sonidos más que mi propia respiración, y ningún olor me parece llamativo. Al parecer ningún peligro inminente. En minutos, recorro la embarcación indagando sus medidas, su estructura, algún objeto, lo que sea que me ayude a saber qué hago acá. De eslora unos siete metros y de manga dos, aproximadamente. Tiene tres tablas colocadas transversalmente, el francobordo es del largo de mi antebrazo. Todo indica que es un bote de pesca artesanal, de color y nombre, seguramente, peculiares, vacío completamente de no ser por mí. Aunque esté flotando en el agua, me siento muy

distante a ella, recuerdo las tardes de disfrute de la playa en el verano, ese calor y esa sensación de intriga cuando no logro tocar el fondo con los pies. Debe haber, de seguro, infinidad de animales y otras criaturas en este extenso, pero nunca infinito océano. Una vez me comentaron que, si es que ocurre un accidente planetario, que provoque la explosión del cuerpo celeste, los únicos seres que sobrevivirían a tal colapso serían quienes están más cerca del núcleo de la tierra, quizás están ahí, esperando su momento, escondidos todo este tiempo, expectantes de que su momento de alcanzar la luz llegará. El agua y yo nos parecemos, ambos cambiamos de estado, como el hielo, cuando estoy sentado, pensativo mis partículas están más detenidas, nunca inmóviles, guardando su energía. Cuando esos pensamientos comienzan a fluir, como la corriente de un río, flujo de un espacio a otro, buscando mi forma, mi lugar, mis deseos. Otras veces, sin avisar, llega la ansiada efervescencia, como un gas me vuelvo volátil, extasiado, bailo, me muevo, transpiro y me inspiro, todo es movimiento, dejan de hacer sentido las clasificaciones, las etiquetas, los paradigmas. Como en la infancia solo juego, comienzo a crear y la locura ya no es demencia, me aislé de la realidad y la modifico, la vuelvo propia, aquello que parecía imposible, ocultado por la vergüenza y el miedo, lo comienzo a palpar y, por momentos, llego más allá de la felicidad ¿Cómo es posible que me sienta distante del agua, si agua soy? El maltrato al agua quizás proviene de eso, de la carencia de amor propio, de que, al vernos reflejados en el

agua, la banalicemos y encontremos en ese acto una salida al odio que sentimos hacia nuestra civilización.

Levanto la cabeza en busca de la luna o las estrellas y al parecer no están, o no las puedo ver ¿y si estoy ciego? Imposible, antes veía bien -me convenzo- solo que no recuerdo como llegué acá. De momento no siento ningún dolor, no tengo sed y hambre tampoco. Debo estar en algún lugar del planeta que le da la espalda al sol. Debo esperar a que la tierra rote el tiempo que necesite para que lleguen rayos de luz. Sí, de seguro deben ser máximo 12 horas, pienso. Cuando ese tiempo pase voy a poder ver con mayor claridad en donde estoy. Podré saber en qué dirección mover el bote y pedir ayuda de algún tipo. Por eso, no es momento de desesperarse, esto no es un incendio que tenemos que apagar, por ahora es un simple fósforo.

El tiempo me parece un extrañísimo fenómeno, mientras intento pensarlo está pasando ¿será una variable lineal? ¿cíclica? ¿Es una invención humana? Qué difícil es explicarlo. En estos momentos, intento entenderlo a través de cosas que me rodean: cuando se acabe este champú habrán pasado tres meses. Cuando el pelo me toque el pabellón de la oreja 3 semanas, cuando vuelva a tener hambre ¿una hora? Pero de nuevo me volveré a cortar el pelo, de nuevo rellenaré esa botella de champú, de nuevo volveré a comer y a tener hambre. A veces me engaño echándome mayor cantidad de champú en la mano,

o me lo lavo varias veces al día. Otros días ni quiero tocar esa botella. Con el pelo no puedo hacer mucho, he notado que tirarlo en forma reiterada no hace que crezca más rápido. Y es que no se puede hacer mucho, no podemos engañar al tiempo pensándolo y pensándolo. Pareciera que cuanto menos lo tomamos en cuenta mejor, cuando nos divertimos y reímos ¿Quién va a ver la botella de champú? ¿Alguien se va a medir el pelo? Es más simple si no pensamos en el minuterero o en el segundero. Hay momentos tan placenteros en que pareciera que ese viento que es el tiempo no nos golpea, no nos achaca la piel de arrugas, pareciera que llegamos a otro estado en donde soslayamos de esta variable, o esa variable se olvida de nosotros. Lo importante es que siempre nos queda este momento para existir, la realidad ocurre aquí y ahora, y por más que intentemos manipular el futuro, solo nos queda el presente para ser.

Estoy aburrido ¡quizás cuanto tiempo llevo sentado! Nada ha cambiado, sigue todo igual de quieto y oscuro. Camino a lo largo de bote, de ida y vuelta esquivando las tablas. Trato de mantenerme en movimiento para que mi cuerpo no pierda calor, y se muevan los pensamientos. De repente, me siento más débil, las piernas me tiritan, mi mente se nubla y en todo el cuerpo siento hormigueo. Me sorprende sentirme de pie, siento que me voy hacia adelante, apenas logro sentarme, como cayéndome en la tabla. Me concentro en respirar, estoy muy agitado, respiro a respiro logro mejorar, mi mente ya está más clara y mi

cuerpo ha recuperado las fuerzas. Quizás me aceleré demasiado caminando. Me acuesto apoyando los pies en una tabla, no quise dejarlos colgando afuera por el miedo de que una criatura los confunda con su presa. Junto las manos, entrelazando los dedos, y las apoyo en el pecho. La polera parece estar mojada, quizás transpiré producto del mareo.

Mis recuerdos son mis tesoros, cientos y cientos de gigabytes están almacenados en algún lugar de mi corteza prefrontal. Están ahí esperando a que los vaya a buscar y los vuelva a interpretar. Tengo una especial facilidad por recordar muchas cosas que me ocurrieron, con detalles sorprendentes y a veces experimentar, nuevamente, el sentimiento de aquel momento. Recuerdos de primera infancia, cerca de los dos años, señalando con los dedos índice y corazón de mi mano derecha cuantos años tenía. O de memoria reciente, como cuales fueron los sabores que elegí para el helado que tomé hace unos meses en la playa. A propósito de mi habilidad, a veces me asusta el saber que nuestra memoria es una interpretación de los hechos que alguna vez ocurrieron, o que a veces ni si quiera pasaron ¿Cómo sería eso? Si en un momento dado almaceno, deliberadamente, una mentira ¿después sabría que aquel flashback es falso? ¿sería un recuerdo no-verdadero? Es delgada la línea entre lo verdadero y lo falso, más si sabemos que la realidad depende de los sentidos del observador. Por lo tanto, si no soy capaz de distinguir la veracidad de mi interpretación ¿sería correcto comenzar a dudar de todos los gigabytes que están en mi cerebro?

¿Sería apropiado traer al presente en sensaciones que quizás nunca ocurrieron?

No sentí realmente cuanto tiempo estuve recostado, cualquier aproximación sería una corazonada. Mientras me pongo de pie, al levantar la vista, me parece ver un brillo, un destello blanquecino ubicado frente a mí a una distancia imposible de descifrar ¿Un faro?! Por favor que lo sea -deposito todas mis esperanzas en que me va a ayudar-. Me arrodillo de gozo por el estímulo, se humedecen mis ojos y siento un nudo en la garganta. De inmediato, sin perder un segundo, alineo el bote en dirección de la luz y, utilizando mis brazos como remo, nos abrimos paso a través de este océano.

¿Quién eres? Numerosas veces he hecho esa pregunta, o no de forma tan directa, pero tratando de indagar lo mismo. Incluso, mi falta de comunicación ha hecho que muchas veces suponga quien es esa otra persona, confieso mi error. Llegado el momento y la necesidad me pregunté a mí mismo ¿Quién soy? Y en un esfuerzo extraño y con ayuda de la meditación me percaté de que, en los momentos cruciales o extremos de mi pasado, opté por el silencio y escondí mis miedos muy al interior mío, y me gesté en base a máscaras o disfraces para alcanzar aparentes éxitos, me incliné por ser un camaleón preocupado de los detalles, intentando arduamente complacer a los demás. Creía que si no ganaba no me iban a querer, buscaba destacar en algún deporte, romper algún

récord Guinness, conseguir más de dos mil seguidores, algo que me validara en este sistema. También tuve bastante dudas respecto a lo que aparento ¿me gusta mi cuerpo? ¿mi cara? Tantas veces soñé con tener los ojos de otro color, los brazos distintos, la nariz más respingada, pero ahora me cuestiono si era yo quien necesitaba esos cambios, o era la sociedad que me alentaba: "dale, no sonrías tanto que se te ven los dientes" o "anda, sube esa foto, sales bien, la gente se romperá los dedos poniendo 'me gusta' ". Peligrosa es la vanidad si no cuestionamos por qué somos quienes somos, la caída puede ser dura. En este momento, me vuelvo a preguntar quién soy y no lo sé, nunca se quién soy y nunca creo que lo sabré. Siempre estoy cambiando, fluyendo como el agua, porque trato de cambiar la forma en que actúo en esos momentos cruciales, trato de adaptarme a esos fracasos y no porque tenga miedo de perder, como especie debemos convivir con la derrota, con la vergüenza, porque desde ahí surge el aprendizaje, nosotros como seres vivos debemos comprender que muy de vez en cuando vamos a ganar, muy pocas veces la sociedad será justa con nosotros, varias serán las ocasiones en que tengamos que poner la otra mejilla y seguir dándole. A veces pienso que cuando enfrente mi mayor miedo, se van a apagar las luces, los actores dejarán de laburar, los chicos tras bambalinas saldrán y dirán: "listo chicos, game over se acabó la simulación, todo este tiempo estuvimos esperando esto". Y es que es tan difícil, aunque lo tenga clarísimo y lo tenga cerca se me hace complicadísimo.

Quiero imaginar que la fuente de luz, a medida que avanza el bote, se va haciendo más grande. Me siento mareado, fatigado, el entusiasmo fue demasiado. Sentado en una tabla noto que mi ropa está muy mojada, demasiado para pensar que es producto de la transpiración. Me toco el abdomen, los muslos, las pantorrillas y, ni bien llego a los tobillos, siento agua en la superficie del bote. Toco, desesperado, toda la superficie de la embarcación, gateando entremedio de las tablas en búsqueda de la fuga que está provocando el ingreso de agua. No es demasiada agua, es tapar el agujero y ya está; aprovecho el silencio, para escuchar con atención si el bote me dice en qué lugar está la solución. Siento absolutamente ningún sonido, la desesperación comienza a aparecer, mi pulso comienza a acelerarse, comienzo a transpirar y estoy seguro de que en mi cara se nota que bien no estoy. Coloco las manos en forma de fuente y retiro el agua que pueda del bote. Parece disminuir el nivel de agua dentro de la embarcación. Luego de sacar otra tanda, para estar seguro, continuo, con mis manos, remando hacia la fuente de luz, ahora ninguna fatiga ni cansancio me distraerá de llegar al faro.

Me atormenta la idea de que lo nuestro termine aquí. Trato de no pensar en ello, pero las canciones y noches oscuras no hacen más que volverme el pensamiento y me angustio. Cuando esto termine ¿Estará todo igual? Cuantas veces me lo he preguntado y te lo he comentado; y no hago más que manifestar mi desesperación por controlar lo incontrolable, solo

quiero aumentar los segundos que compartimos. Es que esta existencia es tan dolorosa y contigo soy felicidad, contigo no hay proyectos, contigo hay miradas y pensamientos bellos, también hay buenos deseos y la constante ilusión de hacer este pedazo de tierra más justo. No sabes cuantas ganas tengo de perder un pasaje por llegar atrasados, de salir a comer, emborracharnos en risas y morir en tus ojos a veces verdes, a veces azules.

En todo momento, mientras avanzaba el bote, estaba pensando en el agua que ingresaba a este, pensaba en que ojalá sea una fuga pequeña, lo deseaba, rogaba al ente que fuere, buscando alguna ayuda. La luz no parece verse más cerca, comienzo a pensar que debo parar, que no tiene sentido seguir avanzando si me voy a hundir de todas formas. De un momento a otro suelto un llanto desolado, sin dejar de remar, con la mirada fija en la luz, la veo tan lejos, casi inalcanzable. Si no fuera por el agua que ingresa de seguro, eventualmente, lograría llegar, aunque me tome días. Por la mierda, ahora me detengo, me tomo la cabeza, me tiro los pelos hasta sentir dolor, me golpeo la cabeza, una sensación fría recorre todo mi cuerpo, como sintiendo el final. Me siento en el bote y el agua en el interior supera los treinta centímetros, respiro, me recompongo sin saber cómo, dejo de llorar y me pongo de pie. Ahora figuro pateando agua fuera del bote, con mucha energía intento sacar la mayor cantidad en el menor tiempo, notifico que el nivel de agua ha disminuido y continuo remando

con la mirada fija en la luz. Nuevamente, detengo el avance por patear enérgicamente agua afuera de la embarcación, ya no siento cansancio alguno, no me lo permito, debo seguir y seguir.

Ahora veo la luz más grande, de verdad lo percibo, algo de tranquilidad tengo, pero prontamente se disipa al notar que el agua adentro del bote ya supera cualquier intento por sacarla. Es imposible matemáticamente, pienso, continuar avanzando con el agua que va ingresando; de todas formas, sigo con mi método de patear agua, pero el vaivén que genera mi movimiento hace que ingrese agua desde el lado, siento como me hundo con el bote. Ya no tiene sentido seguir arriba, me saco las zapatillas, salto y comienzo a nadar en dirección a la luz, ya no quedan más opciones, si una criatura me ataca, prefiero morir así que ahogado, pienso. Al poco rato, me canso e intento flotar de espalda, pero no lo consigo la corriente de agua hace que olas se estrellen en mi cara. No me queda otra que continuar nadando; ya muy cansado, fatigado, la vista se me nubla, me siento mareado, comienzo a tragar agua y a toser, ingresa agua por mi nariz, el dolor en la cara me recuerda a mis primeras clases de natación. Estoy hundiéndome con intentos de salir a la superficie, veo de forma intermitente el foco de luz bajo el agua, luego desde afuera, luego desde abajo; la vista se me esta nublando, ya no puedo tomar aire, flexiono y estiro, instintivamente, las piernas con las últimas energías para salir, pero no lo consigo. Bajo el agua es todo oscuro, ya no se si mis ojos siguen

abiertos, muevo mis manos y cuando llego al pecho siento una corriente de un líquido tibio, como un cilindro de energía que sale de dentro de mí, nunca fue agua lo que inundó el bote, siempre fui yo, pienso. Muevo mis manos y las coloco en mis hombros, abrazándome, dándome consuelo mientras me voy a lo profundo. Me calmo a medida que mi mente se está apagando. Estoy en medio del océano, ahogándome en mi desesperación y ahora solo pienso en acostarme con vos, con nuestros cuerpos de lado, pasando mi brazo bajo tu cuello, acercarte a mí con el otro brazo, contarte historias al oído y pedirte que me despiertes de este sueño.

# Cuento

## SEGUNDO LUGAR

### “El Zoom de las 11:30”

**MARÍA CRISTINA SILVA M.**  
Facultad de Comunicaciones.

Miércoles 3 de junio de 2020, 6:45, le suena el despertador.

Se demora en incorporarse y, mientras intenta hacerlo, la invade esa extraña y conocida sensación matinal de que algo anda mal. Está bastante oscuro todavía. Con dificultad va ganando lucidez y empieza a luchar contra ese pensamiento que trata de invadirla por completo. “Todo está bien, todo está bien”, se repite como un mantra.

Unos minutos de revisión de noticias antes de empezar el día. La Tercera titula “La saturación de las UCI traslada la mortalidad a las salas de urgencia”. El Mercurio habla de una baja de casos activos en la capital, pero que los expertos llaman a no relajar medidas. El Mostrador destaca las deudas de Latam con los consumidores chilenos. Diario Financiero menciona que los mercados continúan imperturbables, pese a la coyuntura. “Eso sí que es raro”, piensa sin darle mucha importancia.

“Ya, a concentrarse en la agenda del día”, se dice a sí misma. El Zoom de las 11:30, lo más importante. Hay que buscar el link, encontrar un lugar adecuado para instalarse—lejos del cacareo incesante de los niños— y, sobre todo, prepararse un rato antes: no se trata de una reunión a la que se entra de golpe. Habitualmente a estas instancias uno llega con tiempo, se instala, intenta encontrar una postura cómoda, observa, y recién entonces empieza a participar. Por

lo mismo, hoy no es cosa de llegar y clicar “entrar a la reunión”.

El pedido de Cornershop. Eso sí que no se le puede olvidar. Podría hacerlo ahora mismo, pero mejor levantarse, tomar desayuno, vestir a los niños, revisar sus tareas, los horarios de conexión de cada uno, lo que tienen que tener para cada clase. No vaya a pasar que la chiquitita llegue sin la muñeca articulada que había que tener lista días atrás. O que el niño tenga a mano la pizarrita pero no el plumón. O que las grandes no encuentren sus audífonos una vez más. Entonces el “¡¡¡¡MAMAAAAAAA!!!” se escucharía hasta en la casa del lado, y una pequeña frustración—tan familiar pero afortunadamente pasajero— amenazaría nuevamente. Mejor evitarlo. Mejor revisar que todos los materiales estén donde corresponde.

“Todo está bien, todo está bien”, se repite al salir de la ducha, que fue agradable y le permitió limpiarse por un rato de cualquier rastro de congoja. Vuelve a repetirse “todo está bien” al elegir la ropa del día y ponerse ese vestido de seda que se compró el año pasado para la Primera Comunión de su hija mayor. Es delicado y sobrio, adecuado para la ocasión. Lo hace también al pintarse discretamente los ojos.

“Pero qué elegancia”, lo escucha a él decirle con voz dulce.

“Gracias... Bueno, es un día especial”, le responde desviando disimuladamente la mirada.

Retoma el repaso de agenda: las dos grandes tienen clases a las 10:00—por suerte ya son autónomas y requieren poca asistencia—, la chica a las 10:30, el niño a las 11:35 y la mayor nuevamente a las 12:00. A esas dos últimas clases no los va a poder ayudar a conectarse, pero él le dijo que lo haría sin problemas. A lo más se sale un rato de sus reuniones, piensa ella. Ojalá no sea justo en un momento crítico, de esos que parece haber tantos en su trabajo.

El lunes se preocupó de despejar su propia agenda de esa mañana. Despejarla hasta las 11:30. En realidad mejor hasta las 11:10, por eso de prepararse antes de la conexión.

“Todo está bien, todo está bien”, se dice una vez más. Es que en verdad los niños están tranquilos, las tareas escolares progresan a buen ritmo, nadie en la casa está contagiado, hay comida para varios días y ella misma ha logrado mantener el espíritu en alto. Con algunas excepciones, claro.

10:15, todo caminando. Los niños están más cooperadores que nunca y la mañana fluye bien. No hay peleas ni desencuentros. El día, eso sí, está triste, hace mucho más frío que las jornadas previas. “No es raro”, piensa ella. Luego va más allá y piensa que no podría haber sido de otra manera.

¡El pedido de Cornershop! Casi se le olvida. El celular, quién diantres lo tiene. Aparece en una mesita lateral

y maravillosamente la aplicación se carga al instante. Florerías. Se inclina por “Jacarandá Flores”, solo porque suena más lindo que “Aquirantus Flores”, que le evoca una pecera. Encarga cuatro ramos grandes de alstroemerias blancas. En la foto se ven bien bonitas, ojalá que también lo sean en la realidad. Confía que así será.

A los pocos minutos llega el mensaje del shopper: “Hola, quieres las flores envueltas para regalo? Eso tiene un costo adicional de \$700 por ramo”. “No, gracias, son para mi casa”, responde al instante, pensando lo extraño que es comunicarse con un Eduardo al que ni conoce y que está comprándole flores. Sin caer mucho en la cuenta, siente una simpatía especial por el tal Eduardo. Un ángel cumpliendo una misión que para ella es importante.

Recuerda algunos temas domésticos: sacar algo para el almuerzo, dar un jarabe, guardar la ropa recién planchada en el clóset y ordenar un poco la salita que está hecha un desastre. Los va haciendo uno por uno, automáticamente. Piensa que hay varias tareas más en la lista (como ordenar el living y las piezas de los niños), pero esas van a tener que quedar pendientes.

Una de las niñas se siente mal. “Por Dios qué malestar más inoportuno”, casi se le escucha decir. “Vamos, échate un rato en la cama. Dame la manito. Respira profundo...”. Poco a poco se empieza a sentir mejor, se duerme unos minutos. Ella se queda a su lado, le hace cariño, le habla como cuando era guagua.

Ya, pasó, qué alivio. “Todo está bien, todo está bien”, vuelve a repetir.

De pronto son las 11:05. A conectarse ahora mismo mejor, no vaya a ser que se quede afuera. Eso sí que no puede pasar. Les recuerda a los niños lo conversado ayer: un rato largo de la mañana no va a estar disponible para ninguna demanda que no sea urgente. Ni para ayudar con tareas, dar algo rico, hacer adivinanzas ni solucionar acertijos. Nada. Todos entienden y aceptan de buen grado el compromiso adquirido: se sienten grandes y responsables con su palabra empeñada.

Se va al fondo de la cocina, a un costado de donde se guarda la tabla de planchar. Ahí es poco probable sufrir interrupciones de cualquier naturaleza. Ni el timbre se escucha en ese rincón. Se instala con su celular, y con cuidado e ingenio busca un ángulo que no delate de que está en ese lugar tan curioso.

11:10, entra al Zoom. La pantalla parece un mosaico de cientos de caras, muchas familiares. Se ven parejas y padres con sus hijos. De pronto aparece una foto de una mujer mayor muy linda, rubia y coqueta, tal como ella la recuerda. Luego se escucha algo de los protocolos de la Organización Mundial de la Salud durante la pandemia, pronunciadas por una voz también familiar. Hasta que aparece escrito: “Parque del Recuerdo. Misa de despedida de María Luisa”, sobre un fondo negro y sobrio. Se ve un primer plano de un

cajón tapado de flores, con unas fotos sobre él que no alcanza a distinguir bien. Y de pronto empieza la ceremonia. Lo que dicen es lindo pero de pronto ella deja de escuchar. Tal vez había que prepararse más. O tal vez no había ni que intentar prepararse.

Y piensa en esa gorda feliz que fue su tía. En lo que significó para su familia y para su propia infancia. En lo que se lleva con su partida. En los libros que escribió. En las conversaciones que tuvieron y en las que faltaron. En esa visita que quedó pendiente para siempre. En la última vez que la vio. En su risa contagiosa. En lo triste que es morir así. Lo demoledor que es morir así.

Entonces evoca los versos de su autoría que tantísimas noches les leyó a sus niños:

“En el barco, el loro Pepo  
es de todos la mascota.  
Dicen que habla tres idiomas  
Y no dice palabrotas.  
Los piratas lo alimentan,  
Cuidan mucho a su loro,  
Pues es bravo en los combates,  
Les protege los tesoros.  
Usa un parche en el ojo  
Y una espada de latón,  
que guarda bajo su ala,  
por si llega la ocasión.  
Por la noches, el lorito

toca siempre su acordeón,  
los piratas saltan, bailan,  
Pepo entona una canción.  
Tan pronto sale el sol,  
Pepo se baña en el mar.  
Luego chilla a los piratas:  
-¡Levantarse a trabajar!”  
Recuerda también ese  
que le gusta tanto a la chiquitita:  
“El pulpo se ha enamorado  
de una linda calamar,  
el pulpo al verla suspira  
y la quiere ir a abrazar...”.  
Y aquel que le saca sonrisas  
hasta en las noches de penas:  
“¡Le salió a tiburoncito  
otra corrida de dientes!  
Y a su padre orgulloso  
Se le ve nadar sonriente...”.

Intenta reconfortarse: setenta y ocho años de una vida plena no está mal. La recuperación del Covid habría sido dura, los doctores hablaron de diálisis y dificultades para caminar. Esos doctores que nadie vio, pero que se encargaban de hacer llegar su mensaje religiosamente al mediodía, cada uno de los siete días que estuvo hospitalizada. Seguramente nunca habría vuelto a ser la de antes de esta enfermedad, dijeron esos doctores sin rostro. Habría quedado muy disminuida y eso habría sido doloroso.



“Todo está bien, todo está bien”, se repite cuando se termina la transmisión en vivo. Las palabras fueron dulces y el melodioso canto con guitarra aportó la humanidad que restaron las mascarillas de los pocos familiares directos que pudieron asistir al funeral. Dentro de lo posible, fue una linda despedida. Una despedida extraña pero única.

Pese a que quisiera alargarlo, ahora no queda otra alternativa que “desconectarse” del encuentro virtual. La sensación es rarísima. De pronto queda como arrojada en su propia casa, lanzada en su propia cocina.

Todavía queda un buen rato para almorzar. Los niños están bastante silenciosos; suena el celular, pero no tiene ganas de contestar. Tampoco quiere revisar las decenas de mensajes de whatsapp que le han llegado, seguramente de condolencias y palabras de cariño.

Se queda unos instantes frente al lavadero, donde dejó los cuatro ramos de flores blancas que recibió a las 11:00 pero que no alcanzó a distribuir en floreros por toda la casa, como había pensado hacerlo desde la noche anterior.

Entonces toma los cuatro ramos y se dirige al living, desde donde se ve mejor la cordillera y las nubes. Camina con paso pausado, como si estuviera en otro lugar, como si pisara otra superficie. Se detiene en la mitad del pasillo y respira profundo; mira sin ver,

escucha sin oír. Evoca a su tía que ya no está y que no va a estar más. Afirma bien las flores con la mano izquierda y con la derecha, lo más extendida posible, manda un beso al cielo.

“¿Mamá, qué estás haciendo?”, se escucha una vocecita.

“Me estoy despidiendo mi amor. Me estoy despidiendo”.

FIN

CHOLITA

## EPÍLOGO:

“Con muchísima tristeza les comunico el fallecimiento de MLS, una gran escritora de literatura infantil chilena. Siempre sonriente, generosa y gran amiga. Algunos de sus libros, llenos de humor y ternura, son El problema de Martina, El gato García, El tiburón va a dentista, El doctor Orangután y, uno de mis favoritos, El gorila Razán, del cual yo hacía un acucioso análisis literario-psicológico cuando enseñaba en la universidad, dada su profundidad emocional”. Mauricio Paredes, escritor infantil.

“Lamentamos el fallecimiento de la escritora de cuentos y versos para niños y niñas MLS. Entre sus obras destacan El problema de Martina, El tiburón va al dentista y El doctor orangután”. Cámara Chilena del Libro

“Con gran pesar, comunicamos el sensible fallecimiento de MLS, destacada profesora, educadora de párvulos y escritora de cuentos infantiles”. SM Chile

# Cuento

## TERCER LUGAR

### “Sombras y nada más”

**RODRIGO PINCHEIRA A.**  
UDD Sede Concepción

El viernes era mi cumpleaños y no lo celebraríamos. Pero ocurrió lo contrario. También fue la última cena. No como la de Jesús pero es fácil saber por qué. Convenimos en familia que no festejaríamos sino que postergaríamos el festejo para abril cuando mi mujer cumpleaños. Pero mis hijos y Patricia llamaron a mis mejores amigos y los citaron para ese viernes 13 de marzo a las ocho de la noche. Era sorpresa la celebración pero me enteré igual. Tuve que ayudar en la preparación. Fui a comprar el pisco sour, el vino y algo que faltó a última hora. Esa mesa que no es la de Rafael Rubio con esos eternos comensales que no vienen ni la de Jorge Teillier con las sillas ordenadas por la madre después que se han ido los invitados. Era otra. Una que esperaba a los amigos con quesos, salame, jamones, pastas, aceitunas y una variedad de panes pequeños. Para rematar unos pinchos de carne, pollo y verduras. Más bien era la mesa de Machado o del poeta valdiviano Clemente Riedemann.

Y empezaron a llegar. Primero Clemencia. Puntual como el verdugo. Antes, cuando Manuel, su esposo estaba vivo, eran más puntuales aún. Cosa de la clase media decía este robusto y querido amigo, amante del buen vivir. Clemencia me regaló un estupendo whisky. Contó las desventuras de su hijo Emilio y su nana Julieta en Lima. Ambos estuvieron allí una semana antes que se decretara la epidemia mundial. Emilio se quedó unos días más con unos amigos chilenos disfrutando de la sabrosa gastronomía peruana, tan de moda entre nosotros. Sin embargo, al regreso

volvieron todos infectados. Clemencia relató que su hijo estaba encerrado en una habitación en que recibía la comida en la puerta y tenían nulo contacto. Luego se asomaron Los Rojas-Serra, Rodolfo y Margarita, que extrañamente llegaron a la hora. Suelen demorarse porque no viven tan cerca y a veces deben dejar las cosas funcionando en su casa. Pero ahora fueron o clock. Estupendas personas, lectores empedernidos y buenos profesionales. Esos formados en el rigor de la clásica universidad chilena que ahora es desplazada por otros vientos mas postmodernos y líquidos como sentenció Baumann. Y cerró Lorena Reina. Ella vino sola pues su marido se quedó cuidando a su hija menor. La pequeña Lorena es una brillante psicóloga, académica de prestigio y consulta llena. Nos hicimos amigos, no por sus competencias en la psicología analítica, sino porque nos gusta el jazz. Nos conocimos en un concierto que dio Chick Corea y su cuarteto en la ciudad. Ella, que se sentó al lado mío, me preguntó en un momento quien era el contrabajista. Le dije, Carlitos del Puerto, hijo del célebre bajista de la banda cubana Irakere. Con razón, me respondió, tiene un tumbao único. Desde ese recital que hemos cultivado una amistad que ya debe sumar unos 20 años. Aunque no solo de jazz vive el hombre y la mujer. Hemos viajado junto con su pareja y mi mujer, compartido vacaciones al sur y vivido innumerables jornadas en torno a una parrilla o algunos tragos. La sinceridad, la franqueza y la bonhomía auténtica han cimentado esos encuentros.

Mis hijos se lucieron ese día. Prepararon ricas delicatessen y cada día que pasa siento que formamos una linda familia. Como la mía o la de mi mujer aunque ahora hay cosas diferentes. Los hijos tienen opinión, son muy críticos, refutan casi todo y proponen nuevas miradas sobre la realidad. Desde el amor a la comida. Aunque siempre estamos unidos en la sinceridad y el amor. Eso no cambia.

Hacía tiempo que no nos juntábamos. Creo que desde cuando empezó el estadillo social como le llaman al movimiento de masas. No me gusta la palabra estallido. Pero lo que se nombra se funda, se repite y se instala. “Todes los nembres” como se dice ahora. En octubre, el 15, comenzó a cambiar todo. Esa normalidad normalizada pareció desplazarse hacia otro lugar como en el terremoto de 2010. Todo se fue al borde, desde el amor a la cocina. ¿Qué diría Levi Strauss entre lo crudo, lo cocido y lo podrido? El fuego parece preguntarnos ¿Asarlo todo? o ¿hay que hervirlo? Unos asan y derrochan, otros hierven y conservan.

En esas horas previas, tipo cuatro de la tarde, seguí mi rito. Escuchar música a todo volumen en el living, con baile incluido. Ahí soy guitarrista, baterista, director de orquesta. Mis cumpleaños, igual que la Navidad y el Año Nuevo, me hacen nostalgia como dice Benedetti. Con el paso de los años es peor. No he logrado descubrir por qué. En esta ocasión era más triste. Había muerto mi madre a los 93 años hacía unos 40 días. Para ser precisos el 30 de enero,

poquito después de la medianoche. Estaba internada en el Hospital Salvador de Santiago desde hacía una semana por una infección urinaria pero su estado era delicado. El médico a cargo les había dicho a mis hermanos que en cualquier momento se moría. Y así fue. Alcancé a estar con ella, lunes y martes, en unas calurosas tardes santiaguinas. Hablamos cuatro o cinco horas cada vez. El martes, ya casi cuando me estaba yendo, se puso un cintillo plástico delante de los ojos y me miró fijamente. Gesto bizarro y señal del principio del fin. Con su muerte se terminaba una genealogía que había comenzado en Tacna a comienzos del siglo XX. Mi madre, que era la menor, nació en esa pequeña ciudad peruana en tiempos en que era chilena. Luego, para el plebiscito de 1929, mi abuelo decidió irse a Arica y vivió allí hasta que murió en 1956. Cosas de fronteras y geopolítica tras la Guerra del Pacífico. Mi madre allí fundó una familia con mi padre y cuatro hijos hombres. Cuando sus bellos ojos celestes se apagaron, estaban cerrando una época. Otro país que existió alguna vez. Es Chile Republicano. ¿Habrà sido tan así? O es quizás la nostalgia de todos los nostálgicos de Chile que ha imaginado ese país, ese campo de flores bordado. Lo que sé es que éramos felices con pocas cosas, no conocimos el aburrimiento, nuestros amigos eran para toda la vida, el barrio era inmortal, Semana Santa era todo silencio, las ramadas eran familiares y sin tanta cumbia, cantábamos "El Himno de Yungay", y aprendíamos célebres poesías como "Garrick" y "Nada" de Carlos Pezoa Véliz. Las cosas que había en

casa también eran para siempre. Usábamos ropas de nuestros primos y amigos (recuerdo unos calcetines argentinos marca "Carlitos" que pasaron por siete pies distintos) y se guardaba casi todo: los diarios, las pilas, el papel plateado, los botones, las guilletes, las botellas, los lápices grafito, los cuadernos. Con ese recuerdo besé en la frente a mi mamá y le dije adiós. Tres días después volví a la capital a sepultarla. La muerte como escribió Huidobro, "que viene taciturna, la muerte que abre la ventana, enciende las bujías, apaga los faroles, la muerte que alguien hace llorar".

En medio de mi living-comedor escuché y bailé con discos de son cubano, jazz latino, Chico Buarque, Jaime Roos. Pero la pena y el recuerdo me llevaron a Adamo y Raúl Shaw Moreno, cantantes que mi madre adoraba. "No me gusta Lucho Gatica", me confesó una vez. "El boliviano canta con más fuerza esos boleros", sentenció. Ya cerca de la hora, me permití escuchar música andina. Bandas de bronce de La Tirana como homenaje a mi mamá. Bailé y lloré, como canta Serrat, cuando nadie nos ve. Mudos testigos fueron las cuatro repisas de libros, una pintura de Tejada y la fotografía de la maniquí de la desaparecida Casa Onetto, obra de Alejandra Quiroz. Si la vieran. Es como la imagen del fin de una época. Del Conce cultural sesentero, de las Escuelas de Verano de la Universidad de Concepción, organizadas por el poeta Gonzalo Rojas, de los coros de Arturo Medina, de la Orquesta Sinfónica, de las 14 salas de cine, de las 45 galerías, de las disquerías y librerías. Ese capital cultural que Los Tres, la mejor banda de rock de la comarca,

representa. O dicho de otro modo, con ellos termina esa modernidad y comienza la postmodernidad. Como la trayectoria de The Beatles.

Con mis amigos sentados en el living conversamos temas diversos. Nuestro viaje a Montevideo, el de Emilio, hijo de Clemencia, a Lima, y el de Los Rojas Serra a Pucón. No me acuerdo cuánto tiempo pasó. Luego nos fuimos a la mesa y cuando me disponía a abrir la primera botella de vino tocaron el timbre. Era David y Francisca, Los López Medina. Últimos invitados que venían de otra fiesta. Más bien de una celebración: los 40 años de David como arquitecto. A él le debemos magníficas obras que forman parte de la identidad de la ciudad: El Centro Cultural Gonzalo Rojas, La Academia de Música Popular Pablo Vergara, Las Torres Francisca y Florencia, y el edificio Alfredo, el más contemporáneo y lujoso de todos. 20 pisos con tecnología inteligente para oficinas y suites mirando el Bio-Bío.

Ellos llegaron vestidos elegantemente por lo de la ceremonia. Se sentaron y contaron lo que había sido ese reconocimiento. Discursos, medallas y un almuerzo pantagruélico en un club de campo donde asistieron un centenar de personas. Estuvieron en una mesa con otros arquitectos renombrados: San Martín, Pinto, Zenteno, compartiendo con sus esposas, hijos e hijas. Toda alegría y felicidad. De allí se vinieron a mi casa. Cuando llegaron David y Francisca me extrañó el modo de saludarme: él chocó la punta del codo con el mío y ella me abrazó por la espalda.

Si a fines del año pasado el tema que dominó las conversaciones, las redes sociales, las clases y los medios de comunicación era la protesta social, la performance de Las tesis y los saqueos, ahora el coronavirus campeaba. Desde aquel 3 de marzo cuando se confirmó que un médico de 33 años de San Javier fue internado en el Hospital Regional de Talca. Venía de Singapur. Días después el presidente Piñera decretó estado de catástrofe. ¿Qué será de ese médico? Pero en aquellos días, incluida la internación de ese galeno, recién estábamos tomándole la temperatura al Covid 19 y se sentía como lejano. El maldito virus sería menor pensábamos. Cuestiones de los italianos, los españoles y claro, los chinos. Les pasará allá.

De todos formas, evoqué una antigua charla del periodista argentino Enrique Symns quien decía que "no nos mataría el capitalismo sino que lo virus porque eran un enemigo terrible: no se ven, mutan, tienes muchas caras y cuando crees que los vas a matar, ya desarrollaron inmunidad".

Los hombres, David, Rodolfo y yo quedamos en una punta de la mesa. Mi hijo Lautaro estaba sentado con Catalina, mi hija mayor, y el resto de las mujeres: Margarita, Lorena, Francisca y Patricia, mi esposa, en el otro extremo de la mesa. Patriarcales y heteronormativos en la distribución. Reímos, recordamos lugares de Santiago, figuras de la Nueva Ola, del fútbol de los sesenta, de arquitectura y

poesía cuando se mencionó la calle Maruri. David es nerudiano y habló de “Los crepúsculos de Maruri”. Allí donde el Nobel veía cada atardecer “grandiosos hacinamientos de colores, repartos de luz, abanicos inmensos de anaranjado y escarlata”.

—Vamos a cantar el cumpleaños feliz, sentenció mi hija. Venía con una torta que lucía unas pocas velas encendidas. Me cantaron. Como ráfaga pasó la imagen de mi madre y su clásico canto cumpleañosero al teléfono, rito que hizo por años. Iba a decir unas palabras pero me quedé en silencio, enmudecido por la tristeza de su muerte. Entre el pasillo y el comedor me pareció ver una sombra pero no le di importancia. Cosas de las luces, dije. Traje hielo, serví unos bajativos y la fiesta empezó a terminar. Nos fuimos despidiendo en modo Corona virus. Luego ordenamos, lavamos y fuimos a dormir con mi mujer una hora después. Cansados pero alegres.

El sábado fue aletargado. Transcurrió lentamente. Para mí no. De un tiempo a esta parte duermo poco. Apenas unas horas. Mis hijos y mi mujer se despertaron tardesito. Pero no hubo dramas. Comimos los restos que sobraron del cumpleaños y pasamos el día viendo unas películas y descansando en cama. Tipo once y media de la noche sonó el celular. Era David.

—Malas noticias— dijo con la voz para adentro. ¿Qué sucede? Le pregunté pensando en su padre, ya muy anciano, que había muerto. Pero no era eso.

—¿Te acuerdas que estuvimos en esa celebración de los arquitectos? Claro, me acuerdo perfecto, le dije, pero aún desconcertado con su pregunta. En el almuerzo —añadió— uno de la mesa en la que estuvimos está contagiado. Contó que Alberto San Martín días antes había tenido malestares, pero lo atribuyó a otra cosa. Figura relevante en la arquitectura regional y nacional, se sintió mal, lo llevaron al Sanatorio y quedó de inmediato internado.

—Te aviso para que sepas que debo hacer cuarenta obligatoria junto con mi hija, dijo con voz compungida David.

—Gracias, cuídate mucho, le respondí. De inmediato llamé a los otros invitados. Rodolfo se urgió. En su casa hay nietos y su mujer, Margarita, está siempre con las defensas bajas y tiene fibromialgia. Los otros apenas se preocuparon pero el estado de salud de San Martín quedó anotado, ya que dos días después cayó en estado grave en la UTI del Sanatorio. San Martín y López se detestaban. Desde que estuvieron en el Colegio pues competían por las notas, sus padres también competían por sus hijos e iban todos los santos días a reclamar por las décimas hasta que salieron de cuarto medio. Cuentan que la ceremonia de egreso fue tan vergonzosa pues era un campo de guerra donde ambos se disputaron los premios que daba el colegio. Luego en la universidad fue lo mismo. Como quedaron en la misma carrera, palmo a palmo pelearon todo: las ayudantías, las prácticas,

quien llegaba con las mejores maquetas y proyectos. Después de graduarse, San Martín se fue a la empresa privada y López a la pública, al gobierno más bien. Y siguieron en disputa para demostrar quien hacía los mejores proyectos arquitectónicos en la ciudad, en el país y en grandes ciudades del mundo. A ambos les fue muy bien, tienen renombre internacional, aparecen en las revistas del rubro y sus obras se estudian en las mejores universidades del orbe. Se podría decir que empataron, si es que cabe el término. Lo de la ceremonia de reconocimiento a la que asistieron fue una hipocresía, como la que vivimos todos los días. Cinismo social. Una prueba más de esa oscuridad que había entre ambos. Claro, “uno no se ilumina imaginando figuras de luz, sino haciendo consciente la oscuridad” y entre ellos había un pozo de frustraciones, miedos, inseguridades y rencores. Sin embargo, el rostro público era diferente. Seres buenos y nobles pero en ambos se oía una sombra destructiva y peligrosa. Perturbadora al punto que sufrían de neurosis y psicosis. Como la ocultaban, era una tinta negra y espesa. Pero en la llamada de López no advertí nada. ¿Preocupación verdadera o sería parte del mismo juego hipócrita que habían sostenido hasta ahora? No lo supe. Ni siquiera adiviné algo en el grano de la voz de López. Solo que con la noticia del contagio de San Martín y el anuncio de David me quedé en silencio. Esa sensación cuando miramos el fuego pensando de donde venía esa bronca. Aquel ruido convertido ahora en sombra perturbadora que les había robado el equilibrio y la oportunidad de ser

mejores. Recordé a mi madre que nos enseñó a andar ligeros de equipaje. Ella decía que las decepciones envenenan y se vuelven monstruos que nos habitan.

Alberto y David pasaron a ser un número más entre contagiados, recuperados y toda esa martingala numérica en la que se ha transformado la estadística sobre la pandemia. Antes de ir a dormir, concluí que la fricción entre ambos era apenas una pequeña nube. Tinieblas y penumbras que nos enfrentan al dilema de qué lado voy a quedar.

Cuando vuelvo a ese fin de semana, a esa última cena, a la rivalidad de David y Alberto y a la muerte de mi madre, vienen oscuridades y opacidades mayores. Otros sufrimientos de la humanidad. Sin embargo, ahora, en este 2050 canto para consolarme esa vieja canción: “le he preguntado a mi sombra a ver como ando para reírme, mientras el llanto, con voz de templo, rompe en la sala regando el tiempo”.

Concepción,  
21 de junio de 2020.

# Poesía

## PRIMER LUGAR

### “Sección Pediatría”

**MARÍA CRISTINA SILVA M.**  
Facultad de Comunicaciones

Tranquilita niña mía,  
que te voy a acompañar.  
Aurora a ocaso,  
noche y día,  
a tu lado voy a estar.

No me sueltes la manito,  
te traspaso mi calor.  
Yo te cuido, tú me miras,  
así es mejor para las dos.

No te asustes con su  
aspecto, es solo un caparazón.  
Mascarilla y bata, es  
cierto, tras eso un gran corazón.

¿No les entiendes?  
¡No importa! Para eso estoy aquí.  
Yo te explico, te traduzco,  
en un lenguaje para ti.

¿Que por qué no está el papá?  
Le pidieron que se fuera.  
No hubo cómo resistirse,  
está en casa aunque le duela.

¿No recuerdas el principio?  
No eras tú en la llegada.  
Si tú quieres te lo cuento,  
como una gran historia de hadas.

Ya no llores, estamos bien,  
juntitas y a buen resguardo.  
Desde ayer puedes comer,  
te han traído un rico caldo.

Falta poco para ir a casa,  
si ya ni te quedan cables.  
Recuperaste tu carita,  
estás lista para un baile.

¿Y los niños de aquí al lado?  
Mejorarán igual que tú.  
Tan cuidados y atendidos,  
Seguro falta un pichintún.  
Te dormiste ya mi niña,  
ahora puedo llorar yo.  
Tanto susto, te perdía,  
hoy me aferro a tu calor.

Y me encuentro en tanta madre,  
tanto hija, tanta esposa,  
que hoy se le hiela el alma  
ante perder su propia rosa.

Solo números eran,  
Para mí hasta hace poco.  
Hoy nos une un tibio lazo,  
que cada cierto tiempo evoco.

# Poesía

.....

## SEGUNDO LUGAR

### *“Carta silente... En pandemia”*

**CÉSAR ÍTALO PALMÉN VON  
MARTTENS C.**  
Facultad de Medicina

Imposible continuar...  
lo dijo tembloroso,  
esquivando de primeras,  
las miradas hechas una sorpresa;  
sigiloso, como adivinando lo  
callado,  
avaro de secretas ilusiones,  
hechizado de momentos dejados  
al viento.

No dicen nada y lo dicen todo  
en el fondo de sus pupilas claras,  
esas mismas que soñaron  
amanecer.

El momento queda latiendo,  
como alondra asustada,  
acechada por un felino aparecido.

No quise herir el recuerdo,  
es más, lo atesoro,  
como un zafiro luminoso.  
Largo es el olvido  
y pasan lerdos los besos idos.  
¿Acaso el virus pudo acallar mi  
pesar sin sentido?  
Es que duele no haberlo dicho  
cuando se fijaron en mí,  
esos ojos moros, queridos.

Desaliento, pesar y hiel  
eso queda del momento,  
de cuarenta días idos,  
como un vino postergado  
de la fiesta que no hicimos.

Es vano, peregrino,  
acaso lastimero  
oculto al tiempo de los niños,  
de esos que mentir no pueden,  
sin un lamento cierto  
quedo en sus labios y, duelen  
sin quererlo.  
Besos postergados,  
nunca mordidos,  
lentos, de labios apretados,  
escondidos.  
Añosos de deseos perdidos.  
nunca arribados,  
a los labios míos.

No quiero escribir ahora  
mejor pensar en ti  
No me cansa, aumentas en secreta  
ilusión  
y me hace sentir vivo,  
sueño despierto,  
es una quimera,  
aunque no quiera.

No quiero irme, deseo desear  
fugarme, quedarme en tu corazón,  
grabado a fuego, pasión, amor.  
secreto deseo, besar  
abrazar, quedarme atado a ti.

Pienso, aunque no quiero  
Olvidar mejores días no puedo,  
¿dónde quedaron nuestros  
miedos?

Se hicieron cruel verdad,  
 miseria, cerca, cruel maldad.  
 Encuentro, atisbo, espero  
 mejores años...  
 aunque ellos se van  
 y quedan  
 como el recuerdo  
 lerdo, sí el olvido.  
 Yermo, ido

-----  
 Pesada como un lejano molino  
 trabajoso, lento, sin sino  
 son mis sonos y silencio  
 quedo, lento y despacio  
 es acaso, mi destino.

Muerde, se pierden  
 y huyen como epidemia  
 horas calladas, idas  
 esparcidas de silencio  
 escondido, tras esas máscaras  
 impuestas en pandemia...  
 Nadie recuerda cuando fueron  
 palabras halladas, un destino.

Acaso pesan en la historia  
 cuando tus besos hieren  
 los labios míos,  
 es tu silencio ido.  
 Rueda, sigue y quedan  
 penas y ventoleras  
 arrastradas de olvidos.

Quise sellar ese instante  
 Vivido, en cuarenta días idos  
 Lacre al destino.  
 Cangrejo de libros  
 esa carta tuya  
 quedó sellada  
 por celos y lluvia  
 de olvidos perdidos

Sí, lo dije ese día ido  
 cuando iracundo  
 mordí lerdo el infinito.  
 Sonrisa silente la tuya,  
 me penetra y queda  
 prendida a mi quieto juicio,  
 rendido.

Sí, afirmo,  
 sereno, creo en ti  
 tus votos  
 y amor para siempre  
 lo juro.  
 Olvidar no dudo,  
 seguro,  
 seguro

Pasa, pasa  
 ¿Acaso nada queda?  
 Edén de flores abiertas  
 perfectas,  
 testigos perennes  
 de promesas dichas  
 cuando dimos  
 la vida por dicha  
 infinita

Dimos a Dios  
 los dos,  
 adioses  
 a la salida  
 sola  
 de promesas  
 cumplidas.  
 Fuimos los dos felices  
 fieles a la vida  
 infinita.

Y llegaron mieses  
 felices, vivaces  
 palpitantes de vida  
 en ciernes  
 ¿Eres feliz?, me preguntan  
 grito: ¡Sí!  
 Mienten, no preguntan  
 enjuician  
 dije sí, creí  
 es vida,  
 mientras ellos crecen  
 y crecen

Alondras mecidas por el viento,  
 aromas de mil matices, pienso,  
 y mis cabellos ya cenicientos  
 se adormecen de sueños,  
 quedan en silencio  
 historias, no cuentos  
 vividos sin tormento,  
 acaso es acaso,  
 cuando tu recuerdo no es grato  
 Eres feliz, me invades  
 y mueres conmigo

en los días idos,  
 esos de entonces  
 en amaneceres  
 en domingo.  
 Sin turno ni tregua  
 al olvido,  
 correspondido.

Es el peso de lo no acontecido  
 eso querido y encubierto  
 como llagas abiertas,  
 y sueños perdidos,  
 urdimos vestidos con ropajes,  
 de ilusiones muertas.  
 Lo no vivido que hiere y molesta  
 como palomas azoradas  
 ebrias de locura incierta,  
 que infecta y envenena las  
 promesas  
 en cuarentena de indicios, la vida  
 hecha.

# Poesía

## TERCER LUGAR

### “*Transmutación*”

**INGA HOLMGREN PALMÉN**  
La Cofradía de los Lectores.

Virus en China, cierran ciudad  
Comienza el 2020 con cierta ansiedad  
El verano nos libera y podemos disfrutar  
El estallido social está dormido  
aunque amenaza despertar Marzo y su locura  
nos despabila y en solo dos semanas  
Cambia el ritmo, la respiración... la vida

El Virus acecha, uno, dos, diez, cuarenta  
Viajó en avión, bus, micro y metro  
Saltó por los labios, de los ojos a nuestras  
manos Y de ahí directo a nuestro cerebro  
Se apodera de nuestras mentes  
Caos, temor, incredulidad y angustia  
Cloro, guantes, alcohol gel, mascarillas  
Nos conectamos a las pantallas y continúa  
Cien, doscientos...falleció el primero  
Y con él se desencadena el miedo  
Mientras en Europa ya se habla de  
Holocausto Nos confinan, en cuarentena  
Colegios, trabajos, Santiago abandonado

Distancia Social  
Aislamiento

Qué haremos?  
Vivir hacia adentro  
Cómo lo hacemos?  
No sabemos  
La vida la hemos hecho por fuera  
Mirando la tele  
El celular  
Las vitrinas  
Al otro

En superficie, sin ahondar  
Sentimos que pronto nos vamos a  
ahogar

Y yo?  
Dónde estoy?

Incertidumbre  
Pánico  
Pena  
Desde esa oscuridad  
Un día  
Una invitación  
Medita  
Nunca tuve tiempo  
Ahora lo tengo  
Comienzo  
Inhalo profundo  
Exhalo lento  
Consciencia, compasión,  
abundancia  
Me repliego  
Escucho mi esencia  
Me doblego  
Acojo, ayudo, calmo a distancia  
Añoro los abrazos  
Sueño con encuentros

Apago las pantallas  
preestablecidas  
Prendo las que enseñan y cultivan  
Netflix y Filosofía  
Warnken, Soublette, Saramago  
Budismo y Psicología  
Leo y comparto en la Cofradía

Nos reencontramos vía zoom  
cada semana, con amigos y familia  
Brindamos por la vida en que  
estamos este día  
Ya no soñamos con el futuro  
Vivimos el presente  
Y damos gracias por estar vivos  
Sabemos que somos testigos  
Y protagonistas de esta Historia  
Que junto al dolor  
Nos ha dado la oportunidad  
De reconocernos y tomar  
consciencia  
Que somos solo partículas  
En una naturaleza que nos domina  
Y a la que le debemos una sincera  
reverencia.



# Fotografía

PRIMER LUGAR



*“Libertad y expresión  
en Chile”*

**BÁRBARA S. ORELLANA R.,**  
Dirección de Asuntos Públicos y Comunicaciones.

.....

## SEGUNDO LUGAR



*“No signal”*

LORETO DANIELA VILLAMAN C.  
Facultad de Medicina

.....

## TERCER LUGAR



*“Chile: ¿inclusión digital?”*

ASTRID VALENZUELA,  
Facultad de Medicina



Facultad de Medicina  
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo



# X Concurso Artístico y Literario

Centro de Humanidades

SUPLEMENTO REVISTA ACADEMIA

Av. Las Condes 12.438  
Lo Barnechea, Santiago  
Teléfono:  
(56 2) 23279100  
[medicina.udd.cl](http://medicina.udd.cl)

